

X

De detrás de las paredes de cristal que se tiñen de un rubor pálido irrumpen risas estrepitosas. Se oye un toque de honor, ahogado por un ruidoso aplauso. Gira sin querer la cabeza hacia la sala de fiestas y se frota las manos como si el tumulto de detrás de la pared fuese por él.

Katja... No se le había ocurrido hasta ahora que fue justamente el mismo día en que se separaron cuando empezó realmente su historia con ella...

¿Por qué esta noche se me ha pasado por la cabeza huir de ella? Me sentiré incómodo, es verdad, pero no por nuestro encuentro en sí, sino por este lugar y por la gente de alrededor. Hace una mueca y saca la lista de precios, recubierta de celofán, del pequeño pie. Lee unas palabras inconexas y absurdas, escritas en el margen. Las habrá escrito alguien que debía de sentirse a ratos cohibido ante los demás y habrá querido así fingir que apuntaba algo.

Esta noche se librará un combate. Un combate... Qué palabra... y, sin embargo: ¿no es verdad que durante largos años ha esperado este duelo silencioso, ignorado por los demás? Se trataría de un combate con alguien con el que uno se ha cruzado todos los días entre la multitud, pero al que sólo ha saludado, cada vez, con un elocuente movimiento de la cabeza...

Un combate no, por el amor de Dios, pero debo hacerlo, debo verla. Debo saber, saber exactamente qué fue lo que pasó... Ahora sabe que sin el encuentro de esta noche quedaría truncado toda su vida. No puede escabullirse, tiene que seguir viviendo, tiene que hacer algo con esas manos aunque sean ya un poco viejas. Pero nadie puede seguir viviendo si no sabe de dónde viene, nadie puede construir algo si no sabe qué tiene bajo sus pies. Y un refugiado lo sabe menos aún, aunque haya muchos que piensen que no hay nada ya que hacer con uno mismo - que han hecho ya lo suficiente con salvarse la vida. A ningún precio, ni siquiera por el miedo, por hacer el ridículo, sí; ni al precio de su vida podía perder esta oportunidad.

“Si no, nunca sabré tomar una decisión. Ni mala, ni, menos aún, buena”, hurga en su interior con insistencia.

Es la primera vez que antepone algo a su propia vida. Le incomoda pensarlo, pero se siente fuerte. Por primera vez, la expectativa de descubrir algo le importa más que la inmediata esperanza de no llegar a ninguna conclusión, esperanza que siempre había alimentado en sus adentros. Todo su pasado ya perdido estaba compuesto de minúsculas láminas oscuras que habría que iluminar, pero esta relación suya con Katja a la que podría odiar en este momento y a la que, también, no podría no quererla justo al mismo tiempo, es la lámina más oscura de todas. Sólo ella, incrustada en un gran mosaico como en un rompecabezas para niños, podría esclarecer la imagen entera.

Pero algo de todo esto le molesta cuando piensa: *¿Acaso no es esta forma de encontrar la solución, tan repentina y dependiente de un solo encuentro, demasiado simple y, consecuentemente, errónea? ¿Cómo es posible que uno llegue a su propio centro en una sola conversación y, además, con una conversación de esta clase, como un regalo de último momento?*

“¿No indica acaso el mero hecho de que la solución proceda de ella y no de mí mismo que no podré alcanzar la meta? Pero, ¿por qué me lo pregunto siquiera? ¿Es que alguna vez que algo procedente de mis reflexiones me haya llevado a alguna meta? ¿Entonces?”

Niega con la cabeza. Esas vidas suyas han sido demasiado extrañas como para poder deshacer ahora todos los nudos con el corazón y la cabeza tranquilos. Lo que se aproxima irremediabilmente será grande, será terrible, pero no debe temer nada.

“Tiraba sus cartas sin abrir a la alcantarilla porque le tenía miedo, mientras que me persuadía de que las tiraba porque la desdeñaba... Si hubiese empleado al menos una pequeña parte del tiempo que he dedicado a ocultarme la vida a mí mismo...”

El pensamiento sigue su rumbo, pero lo expulsa otro y él sonrío con amargura. *Se paga por todo ya en este mundo...* Se cubre el pecho con las manos como si quisiera restregarlo para quitar las capas infinitamente delgadas en forma de ovillo alrededor de su corazón. *Pues detrás no hay más que orgullo, orgullo, orgullo... así es... así...*

¿Acaso no ha guardado silencio tantas veces precisamente por el miedo a comprometerse y entregarse a la gente? ¿No

ha callado cuando debería haber hablado? Buscando, hurgando en las entrañas de los demás, buscando historias, revolviendo en los corazones de los transeúntes accidentales, aguzando el oído a la vida del otro lado de la pared... nada más que pretextos. *Pero pretextos, ¿para qué? ¡No, no! ¿A causa de quién? ¿Cuándo podré saber algo de mí mismo? ¿Cuándo sabré al menos si no temía llegar a mi propio centro porque, así, tendría que haber abierto mi corazón a los demás, porque me habría visto obligado a llevar mis propias reflexiones al punto de tomar ciertas decisiones?* Decisiones... ¿No es verdad que las ha tomado sólo cuando se le han agotado las fuerzas para seguir buscando y no le importaba siquiera si eran erróneas o no?

“Siempre presentía que, un día, sufriría consecuencias por ello”, se dice casi en voz alta. “Pero pensaba que ocurriría más adelante, un día más cercano al final...” Se estremece: “O es ahora el final...?”

Siente cómo se pone a temblar todo su cuerpo, y se bebe todo el *whisky* de un trago. Después se percata de su propia desesperación: *Si no he sido capaz de cambiar hasta ahora...* Niega con la cabeza. Si fuera el último ser humano en el mundo y caminara junto a un muro y viera su propia sombra, se pondría a reflexionar sobre ella, a hablar con ella... - pero sin pensar de dónde viene. Aspira a hurgar en los demás para así ocultarse él mismo de ellos...

“Y sigo siendo un extranjero para mí y hoy día no sé dónde estoy...”

¿Y Katja? No, en aquel momento, al principio, ella seguramente no pensaba sólo en sí misma... ¿Más tarde? Quién sabe... Pero después de todo lo que pasó entre ellos y ya que ella debe de sospechar que él recorrió la cortina por lo menos en parte y que ahora sabe qué pasaba con ella durante todo aquel tiempo de la guerra fratricida y que, por eso precisamente, no podía comprender qué había entre ellos y qué le pasaba a él mismo... ¿cómo puede ser que ella todavía tenga el valor de mirarle a los ojos?

“¡Y quiere verme!” Niega con la cabeza sin comprender.

Ella lo desprecia. Y si no, es que no tiene miedo de nada que él pueda decirle esta noche. Lo considera un hombre débil y se considera a sí misma todavía más fuerte y sigue creyendo que la fuerza lo justifica todo.

Pero esto es algo que ya no cuenta. Aquel rescoldo ardiendo de los primeros días de su vida de refugiado y a lo mejor durante

los primeros meses de su estancia en esta nueva tierra, cuando no quería siquiera pensar en ella para que su cara no le delatase ante los demás. Era doloroso sentirse viejo por primera vez y se avergonzaba de no saber zafarse de sus pensamientos obsesivos, como un adolescente.

Ella cree, pues, que sigo siendo débil: que a pesar de todo lo que hubiese podido saber sobre ella, volvería con ella, tal como hice tantas otras veces.

En la Carintia austríaca era todavía primavera cuando viajaba desde el Lago Wörthersee hacia Lienz. Iba sentado entre soldados ingleses que estuvieron comentando durante casi todo el trayecto que en un lugar cerca de allí, pasado Klagenfurt, yacían montones de revólveres nuevos. Que, hacía un mes, unos extraños soldados de Yugoslavia los habían tirado al suelo al rendirse. Callaba pensando en cómo cruzaría la frontera austríaca para entrar en Italia.

Por la tarde anduvo errante por los bosques de píceas. Entre los árboles todo estaba tan desmesuradamente silencioso que le hizo recordar su atronador paso por el puerto de montaña de Ljubelj. Y aquí como si nunca hubiese ocurrido nada en ninguna parte del mundo. Hasta los campesinos de la última aldea por la que había pasado antes de perderse en las verdes laderas de los montes, andaban a paso lento y pronunciaban palabras modulándolas despacio; como si vivieran en el otro confín del mundo y como si en su tierra tampoco hubiese terminado la guerra tan sólo hacía unas semanas.

El viento cimbraba los pináculos de las píceas. Su susurro y el zumbido seco de los insectos que salían lanzados de la sombra, atravesando la luz de los rayos del sol lo impresionaron tanto que se detuvo por un momento. El peligro no le infundía miedo, pero el silencio que lo rodeaba y del que había tomado consciencia sólo al cabo de unas horas de estar deambulando, y el día que menguaba poco a poco, lo llenaban de angustia. Hacía muchos años que no estaba tan desesperantemente solo. Escondido detrás de un tronco fijó la mirada hacia abajo, por encima de la escarpada pendiente, hacia el valle por donde serpenteaba un carretera y en donde divisó las barreras frontizas de color rojo y blanco. Tres vehículos militares estaban aparcados uno detrás del otro y los guardias de uniformes diferentes zigzagueaban entre ellos.

Qué silencio... Por un momento le pareció que su corazón se había parado también y que estaba muerto. Después le abrazó el delicioso olor de los conos calientes, bañados por el sol, se oyó un zumbido fuerte en su alrededor y una nube de moscas menudas pasó bailando por delante de sus oídos - ah, aún pisaba el suelo. Pero habría preferido tenderse en la tierra y quedarse dormido sin moverse más. Tenía el corazón acongojado, sentía un desamparo absoluto. ¿Y si me muero aquí?, se asustó. No debería haber emprendido solo este camino solitario... Pero de repente un pensamiento se le pasó por la mente -cuántas veces, luego, ya en el otro confín del mundo, le había asaltado esa sensación- y lo trajo otra vez al presente. "Estoy abandonando un país" -otras veces en el futuro se trataba tal vez de uno conocido- "que hace apenas un mes no conocía y, de algún modo, siento pena. Pero cuando abandonaba, hace también un mes, mi propia tierra" -más tarde, en el extranjero, se trataba a lo mejor de un paisano- "ni siquiera me conmoví. ¿Es verdad que sólo el miedo a perder la vida libre, física o psíquica, puede separarnos tan rápido incluso de lo más cercano a nuestro corazón?"

Cerró los ojos y cuando, al rato, volvió a abrirlos, le pareció que habían pasado horas y que se había dormido de pie: el sol casi se había hundido entre los árboles y se escuchaba los pájaros con bastante menos frecuencia.

Si no le hubiese hecho falta arrastrarse por debajo del escueto alambre de espinas, no se habría dado cuenta de que cruzaba la frontera. Tardó apenas una hora en descender poco a poco por las torrenceras y las gargantas abandonadas, cuando, a través del espeso follaje y a un tiro de piedra de distancia, pudo divisar una ancha carretera. Al principio se escondía aún entre los arbustos, pero después empezó a caminar por la calzada. Se alegró de la oscuridad cada vez más intensa y, cuando vio también los primeros postes telegráficos, volvió a tranquilizarse del todo: estaba otra vez en suelo firme y sabía que el día se había acabado. Sólo en la última curva antes del pueblo vio a los guardias fronterizos italianos. Pensó en lo que llevaba en la mochila y se tranquilizó y, después, para que no se les ocurriese pararlo, aparentó una mirada decidida mientras pasaba por delante de ellos hacia una casa en donde había policías ingleses junto a la entrada.

¿Hasta Gorizia? Hasta Udine sí, pero hasta Gorizia difícil, le dijo un hombre sentado a la mesa en un italiano deficiente,

gutural. Bien, le dijo, hasta Udine, entonces. Que ya se las arreglaría para seguir luego, agregó y le hizo una reverencia.

Le habría gustado llegar hasta Trieste, pero no sabía cómo era la situación allí. Antes, en Klagenfurt, repetían con insistencia la noticia de que lo habían ocupado las tropas eslovenas, pero nadie sabía cuáles. En Velden, junto a uno de los hoteles más grandes a las orillas del lago, que seguían ocupando los soldados alemanes heridos, el camión en el que viajaba desde Klagenfurt paró un momento en el arcén de la carretera, justo al lado de un grupo de refugiados eslovenos que merendaban sentados debajo de un árbol. Intercambiaron sonrisas como si se conocieran y una mujer mayor dijo que venían de Novo mesto y le preguntó de dónde era él. Al contestar que venía de Ljubljana, ella asintió sonriente como diciendo: Bueno, mejor así; así somos más del mismo país. El vehículo de carga volvió a emitir ruido y el conductor se apartó del volante para inclinarse por la ventanilla, señalando con una mano que estaban a punto de salir y que tenía prisa. Que intentaría llegar a Trieste, les dijo aún a los que estaban debajo del árbol, cuando le preguntaron adónde iba. El hombre que dirigía el grupo y que estaba sentado entre dos mujeres más jóvenes se puso en pie diciéndole que no convenía. Que allí le esperaba jaleo. En ese momento, dos soldados ingleses pasaron por allí en un *jeep*; señaló hacia ellos con la barba y agregó: No me fío de ellos. Cuanto más al oeste, cuanto más lejos mejor, le gritó aún, pues el vehículo de carga estaba ya en marcha, pasando del arcén al asfalto.

Pero ahora, cuando estaba al otro lado de la frontera austríaca, sabía que tenía que ir a Trieste. Un inglés joven que llevaba la cinta de la policía militar en la manga le pidió que se sentase y le mostrase la tarjeta de DP. Cómo que no la tiene, se extrañaba, si es usted "displaced person" ... No sabía qué responderle, se trababa demasiado hablando en italiano, y aunque lo hubiese hablado con fluidez, no podría haberle dicho que no todas las personas desplazadas tenían tarjetas y, también, que: Hoy día, después de todos estos años espantosos - ¿quién permanecía en el mismo lugar en el que había estado? Un parálítico que llevase años en la misma habitación y que tampoco se hubiese movido después de la guerra - ¿permanecía realmente en el mismo lugar de antes?

Pero se dijo: Es mejor que me calle. Así, al menos, se lo llevaron en su *jeep* y aquella misma noche, de madrugada, estaba

ya en Gorizia. Era feliz. No sabía adónde ir, pero no le molestaba no saberlo y en ese estado de despreocupación transcurrieron los días siguientes, hasta que una tarde divisó el castillo de Miramare desde la carretera que bordeaba serpenteante la costa y aparecieron ante sus ojos, filtrándose entre los pinos ladeados, los primeros contornos de las casas del puerto.

Era un día lluvioso, había pasado un mes y pico, cuando se encontraron Katja y él en el vestíbulo del Liceo Esloveno de Trieste. Ella lo miró con los ojos muy abiertos, de una manera que dudó de si estaba asustada o si sólo quería decirle que había intuido dónde se encontrarían. Tenían las caras coloradas mientras hablaban confusos y atropelladamente; ella, que había venido de Yugoslavia a ver a unos familiares, y él, que dentro de una semana reanudaría su viaje, al menos hasta Roma, sin lugar a dudas. Charlaban con una sonrisa irresoluta en los labios, pero los dos sabían que no era verdad lo que decían. Después callaron; alguien pasaba sin mirarlos.

El se apoyó en la pared y empezó a susurrar como si hubiese mucha gente alrededor de ellos:

“Sólo media hora...”

Se encontraron más tarde, ya era de noche, en la última parada de tranvía en Barcola. Llegó en punto, pero ella ya estaba esperando debajo de un árbol junto a un muro de piedra que daba al mar. Al verlo apearse del tranvía, dio media vuelta y echó a andar para alejarse de las farolas, como si temiera que alguien pudiese verlos juntos. La siguió durante un rato y, después, se sentaron en el muro. Observaban en silencio las olas que emergían de la oscuridad y él ni siquiera se dio cuenta de cuándo tiró de ella con suavidad para abrazarla.

Qué noche... Como si se hubiesen encontrado dos amigos que se viesan obligados a interpretar el papel de desconocidos ante la gente y que temiesen hablar de todo lo que antes les había unido. De tanto en tanto, ella se sacudía un mechón de pelo que, impulsado por el viento, le rondaba el cuello, y lo miraba. Como si quisiera decirle algo importante, pero que se le olvidaba al tiempo que pugnaba con su memoria.

Era tarde cuando se pusieron en pie. Ella no quería entrar en una cafetería y menos aún que viajasen juntos de vuelta a la ciudad. Antes de pasar a la zona iluminada de la última parada de tranvía, la detuvo apretándole la mano y la miró interrogante

a los ojos. Durante un rato largo ella no dijo nada. Sólo agarró con fuerza sus dedos.

“Tal vez sería mejor que no nos...” Después, como asustándose de sus propias palabras, dijo con prisa: “Haré lo que pueda para volver dentro de catorce días...”.

Mientras la veía desaparecer en dirección al tranvía, desde donde el interventor señalaba que era hora de salir, no sabía si tenía miedo de verla o de no verla dentro de dos semanas.

“No lo sé, no lo sé de verdad... Sólo sé que me es extraña...” Andaba lentamente, pero se paró a medio camino.

“Esta noche es la última vez que nos vemos. Porque no tiene ningún sentido...” En cada encuentro sucesivo, cuando ella volvía a Trieste, él decía las mismas palabras en la despedida. Y ella añadía: “Es mejor que nos separemos en este momento que dentro de una hora...”

Asentía con la cabeza para sustentar sus propias palabras y, al despedirse, se miraban a los ojos como si se separaran para siempre y no quisieran reconocer por nada del mundo que esperaban con ilusión su próximo encuentro.

A veces estaban exultantes de alegría. Una noche se refugiaron a un rincón solitario de una taberna pequeña en la ladera encima de Barcola. Le besaba los dedos preguntándose extrañado por qué no emitían sonidos de flauta. Ella reía, se había quitado los zapatos y le hacía cosquillas con el pie descalzo en los tobillos. Y después, cuando empezaron poco a poco a ponerse tristes y ella sintió que estaban a punto de despedirse otra vez, tomó la cara de él entre sus manos, como a un niño, haciéndole una carantoña con los labios: “Si nos volvemos a ver al menos tantas veces como nos hemos visto últimamente, me sentiré feliz...”

Cuanto más se multiplicaban los meses de su vida en Trieste, más claro tenía que esa vida que llevaba no tenía solución. Pero aunque estuviere tan decidido -y así era siempre que estaba solo y pensaba en ella, que acababa de pasar al otro lado de la frontera-, tan decidido a marcharse, a seguir adelante, como decían todos los refugiados, y a terminar de esa manera su renovada historia, parecía que perdía su voluntad siempre que se aproximaba la hora del reencuentro.

Sólo una vez, cuando de verdad fue la última, permaneció firme. E incluso aquella vez, lo supo muy bien siempre, no fue por su voluntad...

El encuentro de esta noche, aquí, en medio de Buenos Aires es muy diferente, pues. No sabe por qué debería tener miedo a perder su voluntad y rendirse... *Esta vez he decidido solo encontrarme con ella, y es porque necesito saber qué siento yo y no es por nosotros dos o menos aún... por ella...*

¿Pero podría uno realmente referirse a él, a ellos dos, a ella? ¿Había alguna diferencia? Como si aquel día en Trieste se tratara sólo de él...